

¿QUÉ PIENSAN AHORA LOS EUROPEOS OCCIDENTALES DE LA UNIÓN SOVIÉTICA?*

ANNE-MARIE LE GLOANNEC

“TRATAR AL OSO RUSO ERA más fácil cuando se parecía más a un oso.”¹ Esta frase de Margaret Thatcher encierra la esencia del problema que ha invadido la Alianza Atlántica desde que Mijail Gorbachov subió al poder: ya que las alianzas se consolidan ante amenazas externas, ¿están destinadas a desaparecer una vez que la amenaza mengua o parece menguar? ¿Cómo saber si la amenaza ha disminuido realmente? Con la entrada de Mijail Gorbachov a la competencia internacional, los miembros de la Alianza no sólo han discutido sobre la manera de enfrentar el reto político soviético, sino que, al hacerlo, no coinciden sobre la naturaleza misma del reto y se muestran confusos.

Dejando de lado el hecho de que el líder soviético esté cambiando las reglas del juego o sólo su nombre, uno de sus consejeros más cercanos, Georgui Arbatov, advirtió a Occidente que la Unión Soviética le jugará su truco más sucio: disminuirá a cero la tradicional sensación de amenaza, la cual, mal que bien, ha apoyado la cohesión occidental desde los primeros días de la Alianza.

No deberíamos extrañar los “buenos tiempos pasados” que nunca existieron. Disputas y pleitos han resquebrajado siempre la alianza occidental, incluso cuando la amenaza soviética extendía aun su sombra sobre Europa. Después de todo, los miembros de la Alianza no esperaron a Gorbachev para empezar a discutir sobre la naturaleza de la amenaza soviética y la forma de enfrentarla. El debate se había encendido ya con la decisión de la “doble vía”^{**} y la intervención soviética en Afganistán. Todos los ingredientes se habían mezclado ya, y con-

* Para esta investigación conté con el apoyo de una beca que me otorgó la Fundación John D. y Catherine T. MacArthur.

¹ Citado en “The Gorbachev Effect”, *The Economist*, 17 de febrero, 1988, p. 30.

^{**} Se refiere a la doble opción que han tenido los europeos occidentales: continuar la distensión y asegurar al mismo tiempo la defensa; véase el último párrafo de este artículo (N. del T.).

vertido en un trauma transatlántico, antes del cambio de guardia en el Kremlin. Pero el ascenso de Gorbachov al poder aumentó esas diferencias y diversidad de opiniones. En una palabra, Gorbachov no pudo haber aparecido en un momento peor para la Alianza. No sembró las semillas del conflicto pero puede alimentarlas. Es conveniente, por lo tanto —antes de analizar las manifestaciones de lo que se ha llamado en broma la “gorbimanía” y sus posibles consecuencias para el futuro de la Alianza— revisar las divisiones transatlánticas que la distensión engendró en la década de los años setenta y explicar por qué el “nuevo pensamiento soviético” cae en tierra fértil.

LAS SEMILLAS DEL CONFLICTO TRANSATLÁNTICO

Aunque desde el principio menudearon los pleitos en la Alianza, las divisiones que aparecieron a finales del decenio 1970 y principios del pasado fueron más profundas que nunca: mientras veinte años atrás el muro de Berlín o la crisis de los proyectiles en Cuba unieron a los europeos occidentales con el presidente de Estados Unidos, en el decenio 1980 la mayoría de ellos llegaron al grado de negar la realidad de una segunda guerra fría. Un debate en apariencia académico, pero en sustancia profundamente político, enfrentó a los que querían interpretar la intervención soviética en Afganistán y su crecimiento militar en Europa como expansionismo totalitario con los que rechazaban esa opinión y advertían que las reacciones occidentales a la intervención soviética en Afganistán podían conducir al mismo ciclo de escalada que en la Primera Guerra Mundial. Los primeros colocaron el expansionismo soviético en el mismo estrato del expansionismo nazi. Los segundos negaron que la Unión Soviética tuviera intenciones agresivas; algunos, como Herbert Wehner, líder destacado del partido socialdemócrata de Alemania occidental, llegaron al punto de pretender que la intervención en Afganistán había sido un acto defensivo, argumentando que el liderazgo estancado de un país en bancarrota y en decadencia social, carente de cualquier atractivo ideológico, sólo podía comprometerse a tomar medidas defensivas en política exterior. Condenaron a las dos superpotencias como responsables del deterioro ambiental y opinaron que era responsabilidad de Europa contenerlas. Helmut Schmidt y Valéry Giscard d'Estaing compartieron esa idea. Schmidt estuvo dispuesto a alinearse con Estados Unidos y boicotear los juegos olímpicos de 1980, pero no aceptó la aplicación de sanciones económicas a Polonia después de la imposición de la ley marcial, trataba de pagar una cuota reducida a la superpotencia occidental y, al mismo tiempo, res-

tringir la militancia de esta última contra el Este. Giscard, por su parte, visitó Varsovia, donde intentó razonar con el líder soviético. Su intento de equilibrar la situación fue menos efectivo que el de Schmidt, quizá porque no pudo ejercer la presión adecuada sobre ambas superpotencias. Pero sus fines eran parecidos a los de Schmidt. Ambos líderes querían aislar a Europa de las superpotencias y, al mismo tiempo, aumentar su capacidad para restringirlas.

Al hacer esto se apartaron del análisis hecho por el gobierno de Carter sobre el comportamiento soviético después de la intervención del Ejército Rojo en Afganistán —distinto también a juicios estadounidenses anteriores. Carter admitió que la intervención había desbaratado su visión de la Unión Soviética. En todo caso, lo que los europeos juzgaron de viva voz caprichos estadounidenses señalaba grandes diferencias estructurales en ambos lados del Atlántico. En cierto sentido, la opinión u opiniones de Estados Unidos sobre la Unión Soviética y las de los europeos no podían concordar. Ya queramos ver a la Unión Soviética como modelo, antimodelo o no modelo, como rival y como amenaza, la geografía, economía, política y cultura han moldeado de forma diferente las imágenes y el deber hacer en ambos lados del océano. En particular, la amplitud de los intereses y compromisos estadounidenses, más la naturaleza mesiánica de su ideología anticomunista, hicieron multifacético el enfrentamiento soviético-estadunidense.² A la inversa, Europa era territorio común, en el que competían ideologías, fuerzas comunistas y anticomunistas. Como ideología, el comunismo no era ajeno a franceses, italianos, españoles y —aunque en menor medida— a los británicos. Como “ideología que era dueña de un estado”, se encontraba en el umbral de la República Federal Alemana.

Poco después de terminada la guerra, las diferencias y discrepancias fueron en parte obscurecidas y neutralizadas por intereses comunes y acuerdos sobre medios y fines.³ En primer lugar, cuando la guerra fría se desencadenó sobre Europa, los intereses europeos y estadounidenses coincidieron. Europa era importante para todos. En segundo lugar, gracias a su superioridad estratégica, Estados Unidos tenía los medios para defender esos intereses. Dicho de otro modo, la superpotencia occidental tenía tanto motivos como medios para defender al

² Véase en especial Stanley Hoffmann, “The United States and the Soviet Union”, en Michael Mandelbaum (ed.), *Western Approaches to the Soviet Union*, Nueva York, Council on Foreign Relations, 1988, pp. 79-104.

³ La alianza —dice Gregory Treverton— debe buscar “que las disputas sobre los pocos intereses conflictivos no perjudiquen los intereses comunes más importantes”. Gregory Treverton, *Making the Alliance Work: The United States and Europe*, Ithaca, Cornell University Press, 1985, p. 2.

viejo continente de lo que todos veían, correcta o equivocadamente, como voracidad soviética. Sin embargo, la estructura de la Alianza generaba conflictos. Por un lado, en diversas áreas económicas y políticas, los intereses de los aliados no son idénticos; por otro, tampoco coinciden en áreas como la seguridad, donde se supone que se comparten intereses, justamente porque todos los aliados persiguen los mismos objetivos. Cada uno quiere forzar al otro para que se comprometa a mantener su seguridad sin comprometerse a su vez; cada uno quiere amarrar las manos del otro sin atar las propias. Éste es, en esencia, el doble temor europeo: quedar atrapado y ser abandonado.⁴ Los europeos quieren seguridad y que Estados Unidos la provea; pero también quieren soberanía y se preguntan si Estados Unidos puede respetarla y protegerlos al mismo tiempo.

La disminución de intensidad en la guerra fría y el fin de la superioridad estratégica estadounidense —que más o menos coincidieron en el tiempo— descubrieron las diferencias y discrepancias en la Alianza. La distensión de los años sesenta significaba cosas distintas en una y otra costa del Atlántico. Por un lado, los norteamericanos, que en los primeros años de la posguerra proponían la contención y querían cambiar la naturaleza del régimen soviético para cambiar su comportamiento en el exterior, enmudecieron después. En el decenio 1970 se rompió todo consenso sobre política exterior estadounidense debido a la guerra de Vietnam y Watergate. Sin embargo, se podría decir que la distensión se entendió más bien como los soviéticos definían la coexistencia pacífica, es decir como forma de competencia más que de cooperación. De ahí que la distensión fuera limitada tanto en capacidad (la Unión Soviética continuó aumentando su poder militar en Europa) cuanto en su geografía, ya que ambas superpotencias continuaron enfrentándose en el Tercer Mundo. Por tanto, los estadounidenses resultaron ser más escépticos que los europeos. Estuvieron prestos a criticar el Acta Final de la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa, porque sancionaba la presencia soviética ilegítima en Europa oriental al respetar las fronteras de posguerra; también les fue más fácil alejarse de la distensión, palabra que el presidente Ford tuvo que borrar de su vocabulario.

Por otro lado, los europeos occidentales querían ver el Acta Final más como proceso que como tratado provisional de posguerra. La de-

⁴ Fenómeno bien descrito por Michael Mandelbaum, *The Nuclear Revolution: International Politics Before and After Hiroshima*, Cambridge, Cambridge University Press, 1981; véase también Josef Joffe, *The Limited Partnership: Europe, the United States and the Burdens of Alliance*, Cambridge, Ballinger Publishing Co., 1987.

nominada Tercera Canasta, que se refería al tránsito libre de personas e ideas, sirvió de plataforma a quienes luchaban por libertades civiles en Europa central. Esto no significaba que los europeos occidentales creyeran en la autenticidad de la distensión: creyeron en ella a principios de la década de 1970, pero a finales del decenio aumentó el escepticismo junto con la sospecha de manipulaciones soviéticas. No obstante, se aferraron a la distensión, la cual, como dice Joffe, se entendió como una terapia: a su tiempo, la distensión podría cambiar los regímenes comunistas.⁵

Esto suponía una diferencia doble entre el enfoque estadounidense y el europeo occidental. Primero, los europeos occidentales estaban menos dispuestos que los norteamericanos a castigar a la Unión Soviética, y mucho menos a los países de Europa central, en los que Moscú había impuesto su voluntad: los castigos y las presiones eran inconvenientes para la terapia. La aceptación de los regímenes del Este se convirtió en la piedra angular de la *Ostpolitik* alemana: para cambiar el *statu quo*, Bonn tenía que aceptar realidades. Ésta fue una de las razones por las que Helmut Schmidt rechazó imponer sanciones a los líderes militares polacos.

En segundo lugar, los europeos estaban más dispuestos que los estadounidenses a participar seriamente en la distensión, es decir a comprometerse para comprometer así al otro lado. Ésta era la esencia de la fórmula que Egon Bahr, padre de la *Ostpolitik*, acuñó a principios de los años sesenta: el cambio mediante el acercamiento (*Wandel durch Annaeherung*), y que mantiene desde entonces.⁶ Según esta fórmula, Este y Oeste establecerían lazos económicos, culturales, políticos. Al aumentar la cooperación, los regímenes comunistas se sentirían más seguros, se relajarían e iniciarían reformas. Así, cuando a fines de los años setenta el gobierno de Carter criticó lo que, en su opinión, era sobredependencia de la República Federal Alemana (RFA) de las importaciones de gas del Este, el gobierno de Helmut Schmidt subrayó la influencia benéfica del comercio; y cuando los norteamericanos quisieron castigar a los soviéticos por su intervención en Afganistán, Schmidt recalcó la necesidad de mantener lazos con la Unión Soviética para contenerla.

Es cierto que la opinión de los europeos occidentales no era unánime. En primer lugar, los gobiernos conservadores —el de Thatcher por ejemplo— reaccionaron en forma más negativa a la intervención soviética en Afganistán que los liberales o socialdemócratas. En segun-

⁵ J. Joffe, *op. cit.*, p. 16.

⁶ Véase su último panfleto *Zum ewigen Frieden*, Berlín, Corso bei Siedler, 1988.

do lugar, no tardaron en aparecer las desavenencias en cuanto a si se debería seguir la política de distensión sin responder en lo absoluto a la amenaza soviética, en particular la que representaba su crecimiento militar para el occidente de Europa. Dicho de otro modo, se generalizó la disputa en cuanto a lo que debería ser la respuesta de la OTAN a los SS-20. La mayoría se adhirió a la doble respuesta de la Organización —es decir distensión y defensa— pero en algunos países hubo minorías influyentes que pidieron más distensión, menos defensa y se opusieron a que los estadounidenses instalaran armas nucleares en su territorio. Se han hecho varios estudios acerca del porqué de esas variaciones en Europa occidental, por qué la opinión pública de algunos países se inclinaba más a negar armas que a desacreditar la política soviética, mientras que en otros sucedía lo opuesto.

Se aludió al factor religioso: los países protestantes se clasificaban en la primera categoría, los católicos en la segunda. Sin duda, los valores religiosos moldean el ánimo y el comportamiento políticos. En la República Federal Alemana, por ejemplo, las iglesias protestantes defendían tanto el rechazo a las armas nucleares (muestra de arrepentimiento por crímenes pasados) como la reconciliación con el Este (a manera de tributo al pueblo soviético en particular, que perdió veinte millones de los suyos durante la Segunda Guerra Mundial). En Gran Bretaña, Dinamarca u Holanda congregaciones protestantes siguieron ese camino no por contrición, sino por la necesidad de atender cuestiones sociales; en Francia y España, donde la iglesia católica ha desempeñado un papel de mediador entre individuos y sociedades, no hubo protestas. En Italia un movimiento pacifista empezó a florecer a principios del decenio pasado.

¿Es entonces el convivio con comunistas o anticomunistas y la presencia o ausencia de partidos comunistas lo que explica la diversidad de opiniones y caprichos europeos?⁷ Los partidos conservadores —a principios del decenio 1980— no alteraron mucho sus actitudes y políticas críticas de la Unión Soviética en cuestiones ideológicas y de política exterior, pero pragmáticas en sus tratos con ella. Los partidos de izquierda sí cambiaron, sobre todo en los países del norte (República Federal Alemana, Gran Bretaña, Holanda y Escandinavia). Los parti-

⁷ Ver el brillante recuento de Pierre Hassner en "Western Perceptions of the USSR", *Daedalus*, invierno de 1979, pp. 115ss., que distingue en los distintos países opinión pública, élites, partidos conservadores y socialistas. Josef Joffe señala el papel crucial de los partidos en su libro, *op. cit.*, capítulo 3. Para un recuento sorprendente de las opiniones públicas en Europa occidental, ver el volumen editado por Gregory Flynn y Hans Rattinger, *The Public and Atlantic Defense*, Londres, Rowman and Allenheld for the Atlantic Institute for International Affairs, 1985.

dos socialistas del sur criticaron tanto la ideología comunista como la política soviética: debían resistir la presión de partidos comunistas fuertes, bien organizados y aceptados (como el partido comunista italiano y el español), o estalinistas y agresivos (como el polaco), o reformistas, pero de hecho conservadores (como el francés). Podríamos incluso decir que los partidos socialistas francés y portugués fueron más violentamente anticomunistas por su largo sometimiento a partidos comunistas.

A falta de partidos comunistas, los socialistas del norte no necesitaban mantener a distancia la ideología comunista. La izquierda de Alemania Federal, sobre todo, podía argumentar que había sido anticomunista demasiado tiempo; sin duda, el comunismo no podía ser modelo, pero tampoco antimodelo. Así, se puso de moda reprobar el anticomunismo y apoyar la “ideología de la desideologización” al mismo tiempo que coquetear con el apoyo popular cuyo fervor era más estrepitoso (a raíz de las demostraciones pacifistas) en cuestiones de política exterior.

Ya que el descontento creció en los países del norte y se extendió en Italia —menos, hasta cierto punto en Francia y España, países neutrales por tradición— podríamos simplemente preguntarnos si se debió al doble temor de los europeos de “quedar atrapados y ser abandonados”, es decir temor de quedarse solos con las armas estadounidenses y de ser objetos de la represalia soviética sin la seguridad de que Estados Unidos los protegería. Los que mostraron descontento por las armas nucleares advirtieron que querían las cosas a su manera; en otras palabras, querían aumentar su margen de maniobra y también ganar soberanía. No pedían el fin de la Alianza, pero rechazaban algunas recetas de política exterior que no les convenían y esperaban que sus gobiernos estuvieran más dispuestos a acomodarse con la política soviética.

EL FIN DE LA ERA IDEOLÓGICA⁸

Las ideas que de la política soviética tienen los europeos occidentales nos hablan tanto de su público y sus partidos, sus estados de ánimo y sus políticas, o de la moral de la Alianza y el papel de los Estados Unidos, como de la Unión Soviética misma. En primer lugar, esas imáge-

⁸ Copio el título del libro de Peter Bender, distinguido socialdemócrata de la RAF, *Das Ende des ideologischen Zeitalters. Die Europäisierung Europas*, Berlín, Severin und Siedler, 1981.

nes se forman a partir de una combinación de factores internos, transnacionales e internacionales. Que veamos a la Unión Soviética como modelo, antimodelo o no modelo y la imaginemos como amenaza o socio en el ámbito internacional, dependerá de nuestra filiación religiosa, social, política y nacional; las dicotomías público/élite, izquierda/derecha, gobierno/oposición, son importantes en la fragmentación de esas imágenes. En segundo lugar, las tendencias generales surgen de todas maneras porque las imágenes que los europeos occidentales tienen de la Unión Soviética son moldeadas por las opiniones que tienen de Estados Unidos; mientras se pierde la confianza en la capacidad de ese país para orientar la alianza occidental y aumenta, al mismo tiempo, el resentimiento por su liderazgo, mayor número de europeos quieren el entendimiento con Moscú.

Esto no significa que los europeos quieran alterar las imágenes de la Unión Soviética y las actitudes hacia ella porque hayan perdido confianza en Estados Unidos. Cuando en Europa la imagen de Estados Unidos empezaba a decaer (a principios del decenio pasado) la de la Unión Soviética era pobre aún. Pero podemos preguntarnos si el deseo no alimenta, aunque sea marginalmente, la imagen: ¿hasta qué punto la necesidad de entendimiento condujo a grupos en las sociedades occidentales y a sus líderes a modificar su imagen de la Unión Soviética y relajar su actitud hacia ella? Quienes negaban el carácter agresivo de la intervención soviética en Afganistán, ¿buscaban tranquilidad en la revisión del *statu quo*? De cualquier manera, ambas superpotencias estaban perdiendo, a principios de los años ochenta, su capacidad de atraer o rechazar a los europeos occidentales, como resultado de un proceso iniciado diez, quince o veinte años antes. Sin duda, Estados Unidos aún marca el ritmo de las evoluciones societales e impone ejemplos, caprichos y modas, pero sin la gloria de antes; la Unión Soviética no es centro mundial de la revolución ni el espantapájaros que fue después de la guerra. Ambos países se están volviendo normales a los ojos de Europa occidental y, cada vez más, se les ve como simples superpotencias. El criterio de “equidistancia política” entre ellas ha ganado terreno en los últimos años, mientras que los europeos occidentales tratan de ampliar su capacidad de actuar; de ahí también la idea de “equidistancia moral” que a veces han expresado algunas minorías influyentes.⁹

⁹ Ver sobre esta cuestión el excelente artículo de Harald Mueller y Thomas Risse-Kappen, “Origins of Estrangement: The Peace Movement and the Changed Image of America in West Germany”, *International Security*, verano de 1987, vol. 12, núm. 1, pp. 52-88.

Por esa razón, la llegada de Gorbachov al poder no ha modificado sustancialmente las tendencias anteriores en criterios y actitudes europeas; antes bien, las acentuó. El temor de los europeos occidentales a la amenaza soviética disminuyó en los últimos años, y la opinión pública occidental ha sido más favorable a la Unión Soviética (ver cuadros 1 y 2).

Sin duda, la nueva imagen de la Unión Soviética debe bastante a la personalidad de su líder, ya que coincide con la presencia de Gorbachov en la escena política. Pero a Gorbachov le ve mejor el público occidental que el de su país.

La popularidad de Gorbachov entre británicos, alemanes e italianos es tal, que confían más en él de lo que confiaban en Reagan (véase cuadro 3).

En 1988 el líder soviético era dos veces más popular que Reagan entre los alemanes del oeste, y cuatro veces más entre los votantes del partido verde de ese país. Así, también los alemanes llegaron a demostrar más confianza en la Unión Soviética que en Estados Unidos: 66% (86% de los verdes) confían en la Unión Soviética y 60% (48% de los

CUADRO 1

<i>Opinión pública</i>	1983	1986	1987
Británica			
¿Cuál es más amenaza para la paz? ¹			
la Unión Soviética	42%	33%	19%
los Estados Unidos	12%	37%	20%
ambos	39%	22%	47%
Francesa			
	1970	1983	1986
¿Cuál representa una amenaza? ²			
la Unión Soviética	30%	57%	30%
los Estados Unidos	54%	22%	
Alemana Occidental			
		1983	1988
¿Es una amenaza la Unión Soviética? ³			
Sí		46%	24%

¹ Fuente: *World Opinion Update*, agosto, 1987.

² Fuente: *Opinion étrangères*, abril, 1987, p. 5.

³ Fuente: *Ministry of Defense*.

CUADRO 2

Cambios de impresión sobre la Unión Soviética en cuatro países europeos, 1981-1987

¿Qué opina de la Unión Soviética? ¿Su opinión es muy favorable, desfavorable o muy desfavorable? (%)

	<i>octubre</i> <i>1981</i>	<i>febrero</i> <i>1982</i>	<i>diciembre</i> <i>1982</i>	<i>julio</i> <i>1985</i>	<i>septiembre</i> <i>1987</i>
Francia					
Muy favorable	1		1	2	2
Favorable	18		18	26	25
Total	19		19	28	27
Desfavorable	40		40	37	34
Muy desfavorable	17		15	15	13
Total	57		55	52	47
No sabe	23		26	20	26
Total	99		100	100	100
Gran Bretaña					
Muy favorable	1	2	2	8	5
Favorable	11	12	15	46	43
Total	12	14	17	54	48
Desfavorable	31	32	42	27	30
Muy desfavorable	42	42	23	8	7
Total	73	74	65	35	37
No sabe	16	12	18	11	15
Total	100	100	100	100	100
Italia					
Muy favorable	4	3	4	4	6
Favorable	17	10	25	36	36
Total	21	13	29	40	42
Desfavorable	42	36	38	38	39
Muy desfavorable	31	32	28	13	12
Total	72	68	66	51	51
No sabe	6	19	6	9	8
Total	100	100	100	100	101
Alemania Occidental					
Muy favorable	0	1	4	1	4
Favorable	8	19	17	23	50
Total	8	20	21	24	54
Desfavorable	44	54	41	44	30
Muy desfavorable	33	23	18	11	4
Total	77	77	59	55	34
No sabe	16	4	20	20	12
Total	101	101	100	99	100

Fuente: U.S. Information Agency, Oficina de Investigación, *Research Memorandum*, 13 de noviembre de 1987.

CUADRO 3
 ¿En quién confía más para disminuir las tensiones
 entre Estados Unidos y la Unión Soviética?

	<i>Británicos</i>	<i>Alemanes</i>	<i>Franceses</i>	<i>Italianos</i>
En Gorbachov	39%	24%	16%	35.8%
En Reagan	19%	16%	23%	12.8%

Fuente: *Libération*, 16 de febrero, 1987. Encuestas realizadas por MORI en Gran Bretaña, BVA en Francia, Sample Institute en la RFA (noviembre de 1987) y por Ipses en Italia (marzo de 1988).

verdes) en Estados Unidos.¹⁰ Pero la opinión de los europeos occidentales no es uniforme: más de un tercio del público británico y un tercio del alemán occidental tiene opinión favorable de Mijail Gorbachov; sólo una pequeña proporción de franceses la comparten.

Entre tanto, se acentuaron las desavenencias que aparecieron en la Alianza a principios de los años ochenta. Sin duda, la vasta mayoría de europeos occidentales ve a la Alianza con buenos ojos.

Los alemanes occidentales son los que más favorecen a la OTAN; los franceses son los menos entusiastas y los menos dispuestos a opinar si todavía es necesaria o no. Esto no es de sorprender: desde que Francia salió de la red militar de la OTAN en 1966, el público no sabe lo

CUADRO 4
 Actitudes europeas hacia la OTAN, 1987
 Algunos opinan que la OTAN es aún necesaria para la seguridad
 de nuestro país. Otros dicen que ya no es necesaria.
 ¿Qué opina usted al respecto? (%)

<i>País</i>	<i>Dinamarca</i>	<i>Francia</i>	<i>Gran</i> <i>Bretaña</i>	<i>Italia</i>	<i>Noruega</i>	<i>Alemania</i> <i>occidental</i>
<i>Muestra</i>	845	961	970	1 061	1 009	1 022
La OTAN es necesaria	61	49	72	65	71	70
La OTAN ya no es necesaria	22	19	16	23	14	15
No sabe	16	32	12	12	15	15
Total	99	100	99	100	100	100

Fuente: U.S. Information Agency. Oficina de Investigación. *Research Memorandum*, 10 de febrero de 1988. Encuestas llevadas a cabo en septiembre de 1987.

¹⁰ *Der Spiegel*, núm. 35, 1988, p. 31.

que es tener en su país militares extranjeros. Más inquietante, sin embargo, es la evolución de la opinión pública italiana. Algunas fuentes indican que una mayoría de italianos aún favorece a la OTAN, otras muestran un descenso drástico; al mismo tiempo aumentó la oposición a que se establezcan armas nucleares estadounidenses en la península y se remplacen los F16 de España en Italia (véanse cuadros 5 y 6).

EL ASUNTO OCULTO

Aunque diferentes, ambos asuntos —la existencia de la Alianza y la materialización del compromiso estadounidense de defender Europa

CUADRO 5

¿Estaría de acuerdo o en desacuerdo con la decisión tomada por algunos estados europeos de permitir a Estados Unidos que despliegue armas nucleares en países europeos?

	<i>Francia</i>	<i>Gran Bretaña</i>	<i>Italia</i>	<i>RFA</i>
De acuerdo	23%	35%	17%	33%
En desacuerdo	60%	56%	78%	66%
No sabe	17%	9%	1%	1%

Fuente: *Libération*, 16 de febrero de 1987. Encuestas realizadas entre noviembre de 1986 y enero de 1987 por BVA en Francia, por Marplan en Gran Bretaña y la RFA, por Demmaskopea en Italia y publicadas por *Libération*, *The Guardian*, *Die Zeit* y *La Repubblica*.

CUADRO 6

La mayoría de los países de Europa occidental tienen lazos de defensa con Estados Unidos dentro de la OTAN. Piensa usted que los estados europeos occidentales deberían:

	<i>Francia</i>	<i>Gran Bretaña</i>	<i>Italia</i>	<i>RFA</i>
Mantener sus lazos militares con Estados Unidos dentro de la OTAN	26%	41%	19%	54%
Formar una defensa común europea independiente de los Estados Unidos y de la OTAN	35%	23%	38%	19%
Adquirir, cada uno de ellos, plena responsabilidad de su propia defensa	20%	26%	31%	25%
No sabe	20%	10%	12%	2%

Fuente: *Libération*, 16 de febrero de 1987.

con su presencia militar y el despliegue de armas— están conectados. El resentimiento por la presencia militar aumentó sistemáticamente en las últimas décadas. En Italia y España, las mayorías se oponen a las bases norteamericanas, aunque la evolución actual de ambos países es diferente y hasta discrepante. Mientras que los españoles, después de décadas de neutralidad, se vuelven entusiastas de Occidente bajo la dirección firme de su gobierno socialista, los italianos tienden cada vez más a la neutralidad, resultado de la larga estancia de tropas estadounidenses en Italia, los pleitos por el despliegue de proyectiles Crucero, el surgimiento de un movimiento pacifista, la molesta presencia del partido comunista, el interés primario de las élites en la política mediterránea y, recientemente, en la *Ostpolitik*. En ese sentido, Italia tiene un destino más parecido al de Alemania: en ambos países, la presencia militar extranjera y los límites que impone a su soberanía se debaten acaloradamente a raíz de los accidentes Ramstein y Remscheid en 1988 y del ataque accidental a un avión italiano en 1980. Entre tanto, la reacción contra las armas nucleares aumentó considerablemente en todos los países, excepto en Francia y Gran Bretaña. Aunque hay oposición a las armas nucleares en estos países, que han desarrollado sus propias armas nucleares, es mucho más importante en Italia y en la RFA, que dependen de la protección estadounidense. Los alemanes occidentales en particular, conciben una disuasión puramente convencional (véase cuadro 7).¹¹

Como a principios del decenio pasado, cuando empezó a desvanecerse la sensación de la amenaza soviética, a fines de esa década la opinión pública de Occidente tuvo en parte evoluciones similares y en parte siguió un patrón país por país, pero con dos salvedades. Primero, la opinión pública de esos países se parece más hoy que a principios de la década. Los franceses —menos entusiastas de Gorbachov que otros países europeos y más favorables a las armas nucleares— continúan siendo la excepción del grupo, pero al volverse más tolerantes con el hombre del Kremlin y estar menos dispuestos a comprometerse con la disuasión nuclear, se parecen más al resto de los europeos occidentales. Segundo, mientras a principios del decenio 1980 valores políticos y, en parte, religiosos, fragmentaban las ideas de esas naciones, a fines de la década la soberanía parece ser el aspecto más importante y sin embargo, oculto que sesga en gran medida las actitudes públicas sobre defensa.

¹¹ Elisabeth Noelle-Neumann, "Wenn das Gefuehl der Bedrohung schwindet", *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 22 de julio de 1988, p. 6 (encuesta llevada a cabo por el Institut für Demoskopie).

CUADRO 7

Gran Bretaña y Francia tienen sus propias armas nucleares.
Le gustaría que los países europeos occidentales:

	Francia	Gran Bretaña	Italia	RFA
Desarrollaran más armas nucleares	17%	9%	5%	8%
Dejaran las cosas como están	40%	52%	13%	35%
Renunciaran a las armas nucleares	32%	34%	79%	57%
No sabe	11%	5%	4%	1%

Fuente: *Libération*, 16 de febrero de 1987.

Dicho de otro modo, la Alianza es más frágil de lo que era hace diez u ocho años, ya que el equilibrio entre seguridad y soberanía, meollo de todas las alianzas, no es satisfactorio para la mayoría de los socios europeos de Estados Unidos. La agria controversia actual, que enfrenta a los estados angloamericanos con los de Europa continental o a los nucleares con los no nucleares —exceptuada Francia— a propósito de modernizar los *Lances* antes o después de negociar, significa algo más que riñas sobre tácticas y estrategias frente a la Unión Soviética. En parte como resultado del tratado para la eliminación de proyectiles de alcance intermedio (INF por sus siglas en inglés), que debilitó la disuasión y perjudicó el mecanismo que unía a Europa con Estados Unidos, las fuerzas nucleares de corto alcance son indeseables para la mayoría de los europeos occidentales. En el ámbito militar, dichas fuerzas parecen sugerir la posibilidad de una guerra nuclear limitada en Europa, y en el político, demuestran que Estados Unidos no se preocupa mucho por lo que sienten y piensan los europeos.

Cada vez más, la mayoría de los europeos occidentales desean afianzar su seguridad *a pesar de* que disminuye su credibilidad en Estados Unidos e impulsar su soberanía *gracias a* que disminuye la presencia de los estadounidenses en su continente. Quieren permanecer en la Alianza pero sin bases ni armas y comprometerse con la disuasión pero sin armas nucleares; al mismo tiempo buscan un aliento en el Este y una redefinición del sistema de seguridad en Europa. En otras palabras, ya no piensan en Estados Unidos como su único proveedor de seguridad, tanto porque le falta credibilidad y sus políticas son imprudentes, como porque diversificando las fuentes de abastecimiento aumenta la libertad de maniobra. La República Federal Alemana es la que mejor resume esta tendencia: mientras en la posguerra dependía solamente de la protección estadounidense, ahora busca más su seguri-

dad en Europa occidental —mediante acuerdos franco-germanos— o en el Este, donde actúa, por ejemplo, como principal defensor de las negociaciones para la reducción de cohetes de corto alcance.

Pero no todos los países de Europa occidental se interesan en el mismo trato; no todos están dispuestos a comprar su seguridad en el Este. Aquellos países que disfrutaban de seguridad y de soberanía dentro del sistema actual, tienen menos estímulos para reestructurar el equilibrio del poder europeo e internacional y para renovar sus relaciones con la Unión Soviética; Francia es este tipo de potencia. El llamado “efecto Gorbachov” ha sido menor en Francia, que se siente, con o sin razón, más segura porque cree tener el control de su defensa. Pero es notable en la República Federal, cuyo dilema de seguridad es triple: primero, si fracasa la disuasión, Alemania sería destruida; segundo, su seguridad se encuentra en manos de otros; tercero —tan importante como los dos primeros—, la RFA, parte de una nación dividida, está atormentada por su *raison d'état* —la Alianza Atlántica— y su *raison de nation* —sus lazos con la otra Alemania.¹² Los alemanes occidentales están, más que otros europeos, en pro de la Alianza, pero también se encuentran entre quienes más se oponen a las armas nucleares (ocupan el segundo lugar después de los italianos). Un arreglo con la Unión Soviética puede quitar peso a su dilema ya que no habría necesidad de fortalecer la disuasión mediante mayor cooperación militar con el Occidente, gracias a nuevos acuerdos de seguridad con el Este; también podría fortalecer la soberanía de Alemania occidental al hacerla menos dependiente de una sola fuente de seguridad, y, finalmente, podría acercar las dos partes de la nación dividida.

El entusiasmo de los alemanes occidentales por Gorbachov es muestra de sus esperanzas. Creen que Gorbachov defiende aquello que desean y por lo que han trabajado: el cambio mediante el acercamiento. Ya que promete un cambio en el *statu quo* y la reunificación gradual de Europa, Gorbachov parece ser producto de la *Ostpolitik* y, al mismo tiempo, la condición necesaria para el éxito final de esa política, es decir, tanto para el cambio como para el acercamiento. Pero, ¿hasta qué punto el deseo alimenta las imágenes?, y ¿hasta qué punto la *Realpolitik* ha caído en la ingenuidad? Mientras desaparecen las amenazas en Europa —o se mantiene la creencia de que han desaparecido— se crea un clima favorable para los empeños de Alemania; la búsqueda de aliento y reacomodo pueden influir en las imágenes y confundir lo que

¹² Fórmula usada por Josef Joffe. Analizan el triple dilema, entre otros, Gregory Treverton, “West Germany and the Soviet Union”, en Michael Mandelbaum (ed.), *op. cit.*, p. 1.

son señales con políticas, intenciones con influencias y reformas internas con propósitos internacionales. Así pues, algunos europeos occidentales corren el riesgo de caer en el mismo error metodológico de principios de los años ochenta. En ese entonces pensaron que el conservadurismo de la Unión Soviética había conducido al Kremlin a adoptar una política exterior defensiva; ahora, algunos confunden la democratización de la Unión Soviética con el fin de la política del poder, o llegan a la conclusión de que el éxito en política exterior podría ayudar a Gorbachov a consolidar su poder en la URSS. Como hace un decenio, por dos razones, el argumento es igualmente débil: primero, se supone que la política exterior es producto de dificultades internas, y que el debilitamiento de la ideología conlleva la disolución de la política del poder; segundo, el argumento se centra en las intenciones de los soviéticos antes que en los resultados de su política.

Cualesquiera sean las razones del entusiasmo alemán, *Realpolitik* o ingenuidad, los franceses desconfían de él profundamente; aunque una Europa reunificada es atractiva intelectualmente, para Francia significaría pérdida de seguridad y poder si surgieran dos potencias: Alemania (o las Alemanias) y la Unión Soviética. Detrás de Gorbachov está al acecho la promesa de una nueva Europa, suficientemente seductora para aquellos que quieren ver superada la división del continente. Sin embargo, dos situaciones futuras se oponen: ya un polo occidental fuerte, deseoso y capaz de defenderse hipnotizará a una Europa relativamente unida, ya un polo occidental debilitado sucumbirá ante la influencia del más poderoso. La OTAN sigue más o menos bien, a pesar de los conflictos a propósito del desplazamiento de proyectiles de alcance intermedio, de su retiro y de la modernización de los cohetes de corto alcance, pero el desarrollo de un polo europeo occidental en la Alianza (al que Francia dio impulso a principios de los años ochenta) se detiene a causa de la falta de apoyo de parte de la opinión pública y la lentitud gubernamental.

En realidad, a los europeos occidentales les gustaría no tener que sacrificar nada. Casi todos, excepto los alemanes occidentales, quieren una defensa europea; muchos británicos y franceses estarían a favor de levantar una defensa atómica europea (a la que se oponen los italianos y los alemanes occidentales), pero los italianos son los defensores más entusiastas de una defensa convencional que los alemanes occidentales desechan (44% no quiere ninguno de los proyectos de defensa que aparecen en el cuadro 9). Con todo, sólo minorías en esos cuatro países están dispuestas a gastar más en defensa (véanse cuadros 8 y 9).

Aun en países que están a favor de un mayor esfuerzo de defensa, el público se inclina por reducir gastos militares: 74% de los franceses

piensan que su gobierno gasta demasiado en defensa y muy poco en educación, 57% supone que recortes en el presupuesto de defensa fomentarían el desarme general.¹³ En países donde se opina que el desarme es más importante que la defensa, es mayor la oposición al aumento en el gasto militar. Así, en 1988 en la República Federal Alemana, 68% se oponía a esos aumentos (61% el año anterior).¹⁴

¿Es por eso por lo que un gobierno como el de Mitterrand optó en los últimos años por la causa del desarme, desechando, al parecer, su compromiso con la defensa europea occidental? Gracias a la opinión pública francesa, Mitterrand tiene palabras amables para Gorbachov y conduce a su gobierno a participar más en las negociaciones sobre el control de armamentos, pero se aleja de la mayoría que está de acuerdo con la defensa.¹⁵ No obstante, aunque los franceses se oponen al aumento del gasto, la actitud del presidente y su política parecen

CUADRO 8
Los europeos occidentales deberían comprometerse
a compartir más los gastos de defensa

	De acuerdo (%)			En desacuerdo (%)			sin opinión
	Total	(com- pletamente)	(en parte)	Total	(com- pletamente)	(en parte)	
Italia	78.6	(39.3)	(29.3)	13.2	(3.6)	(9.6)	8.1
Gran Bretaña	77.1	(28.2)	(48.9)	12.7	(4.3)	(8.4)	10.1
Francia	74.0	(36.6)	(37.4)	13.9	(5.7)	(8.2)	12.0
Irlanda	72.9	(29.8)	(43.1)	10.3	(2.7)	(7.6)	16.8
Portugal	69.4	(38.6)	(38.8)	4.2	(1.4)	(2.8)	26.4
Luxemburgo	69.0	(31.7)	(37.3)	20.6	(6.3)	(14.3)	10.3
Grecia	68.9	(50.5)	(18.4)	8.6	(1.8)	(7.0)	22.3
Bélgica	67.8	(24.4)	(43.4)	20.8	(4.1)	(16.7)	11.4
Holanda	60.1	(24.8)	(35.3)	26.4	(13.4)	(13.0)	13.4
Dinamarca	59.8	(22.4)	(37.4)	25.1	(10.0)	(15.1)	15.1
España	59.5	(33.8)	(25.7)	13.5	(6.9)	(6.6)	26.9
Alemania	57.2	(14.3)	(42.9)	32.0	(6.6)	(25.4)	10.8
Total CE	69.0	(30.0)	(39.0)	17.7	(5.5)	(12.2)	13.3

Fuente: *European Affairs*, 1, 1989.

¹³ Ver André Gattolin/CSA, "Les français et les dépenses militaires", *L'Événement du Jeudi*, 22-28 de diciembre de 1988, pp. 66-67 (encuestas hechas por CSA/L'Événement du Jeudi y en noviembre de 1988).

¹⁴ Véase nota 11.

¹⁵ Pierre Hassner, "France and the Soviet Union", en Mandelbaum, *op. cit.*, pp. 25-51.

CUADRO 9

Suponiendo que hubiera un esquema común para la defensa de Europa, independiente de Estados Unidos y de la OTAN, ¿cuál de las siguientes posibilidades le parece más apropiada? (Porcentajes)

	<i>Francia</i>	<i>Gran Bretaña</i>	<i>Italia</i>	<i>RFA</i>
Usar todas las armas nucleares de Gran Bretaña y Francia como base para la defensa europea, sin que otros países del continente participen en su desarrollo o en la decisión de usarlas	8	13	3	12
Levantar una defensa con todos los países de Europa que quieran participar en el desarrollo y uso de armas nucleares	35	35	14	14
Levantar una defensa común europea sin armas nucleares, usando fuerzas convencionales	25	35	70	29
Ninguna	13	4	6	44
Sin opinión	18	13	7	2

Fuente: Libération, 16 de febrero de 1987.

más lógicas, sobre todo porque Francia parece tener dificultades para encontrar apoyo que le ayude a promover la defensa europea. Como nuevos europeos, los españoles han mostrado interés, pero los candidatos más seguros para promover los proyectos de defensa son, además de los franceses, la otra potencia nuclear y la más poderosa en armas convencionales. Sin embargo, la cooperación franco-británica ha llegado a un callejón sin salida al detenerse las negociaciones sobre el proyectil de medio alcance aire a tierra, y la cooperación franco-alemana parece haber llegado al límite de credibilidad.

El canciller Kohl respondió favorablemente a las ofertas francesas e incluso sugirió, a cambio, crear una brigada común; pero ni el público ni las élites de la RFA quieren ese tipo de cooperación. Sin duda, la posición de Francia y su resistencia a reintegrarse a la OTAN explican en parte las indecisiones británica y —hasta cierto punto— alemana. No debemos olvidar que las sociedades europeas siempre han sido renuentes a aumentar el gasto militar, ya que prefieren la mantequilla a los cañones. Pero las propuestas de Gorbachov, tanto en su país como

en el ámbito internacional, han representado un obstáculo para los esfuerzos de principios y mediados de los años ochenta por unir las fuerzas de Europa Occidental y les han quitado su impulso.

¿Es demasiado tarde para hablar en favor de la defensa ahora que la mayoría de los europeos occidentales y unos cuantos estadounidenses defienden las negociaciones? Negociar por negociar o en aras de controlar y reducir las armas puede ser una actitud tanto sabia como necesaria frente a Gorbachov y la opinión pública occidental. Pero mientras los desacuerdos sobre fines y medios de la Alianza enfrentan a los estados angloamericanos con los continentales, debería apoyarse una política de “doble vía” —distensión y defensa— para conservar la paz mediante estructuras políticas y militares que sin duda deberían renovarse, restaurarse o reinventarse, siempre y cuando se mantengan estables.

Traducción de JUAN GUSTAVO GALINDO